



“Usted lo que quiere es clasificarme”: algunas implicancias epistemológicas y éticas de la mirada performativa del género en un caso de investigación¹

María Fernanda Stang
CEA - CIECS/UNC-CONICET
ferstang@yahoo.com.ar

Resumen

A partir de las primeras incursiones en el trabajo de campo de una investigación sobre la forma en que se construyen y articulan las “actuaciones de género disidentes” en migrantes latinoamericanos residiendo en la ciudad de Córdoba, se reflexiona sobre las implicancias epistemológicas y éticas de asumir el enfoque de la performatividad del género que propone Judith Butler en este contexto investigativo específico. El eje principal de estas reflexiones gira en torno a la dificultad de “operacionalizar” la multiplicidad y discontinuidad de las identidades de género, incluso de las no normativas —empleo “operacionalizar” a falta de un término más apropiado que exprese la materialización en el campo de las miradas teóricas de las que uno se apropia—. Estas reflexiones conducen a un cuestionamiento de la principal hipótesis de la investigación: que el atravesamiento de las fronteras arbitrariamente trazadas entre los países que implica la migración abre nuevas posibilidades para la construcción y articulación de actuaciones de género que desafían las fronteras arbitrariamente trazadas entre los géneros. Asumir la perspectiva performativa del género de manera consecuente, como me han interpelado las primeras experiencias de entrevistas, conduciría a poner en entredicho y reformular la noción de fronteras entre los géneros.

Palabras clave

Actuaciones de género disidentes – migración – frontera - performatividad.

¹ Ponencia presentada en el II Coloquio Internacional “Saberes contemporáneos desde la diversidad sexual: teoría, crítica, praxis”, Rosario (Argentina), 27 y 28 de junio de 2013. La investigación de la que surgen estas reflexiones, que estoy realizando para mi tesis doctoral, es una de las líneas de trabajo específicas dentro del proyecto “Los nudos ciegos de la desigualdad. Género, etnia y clase en la migración latinoamericana en Córdoba”, financiado por la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba, que a su vez se desarrolla en el marco del Programa de investigación “Multiculturalismo, migraciones y desigualdad en América Latina”, CEA-UNC y CIECS-CONICET.

Esto no es una ponencia

“Usted lo que quiere es clasificarme”, esta interpelación de uno de los entrevistados en el incipiente trabajo de campo de mi tesis doctoral fue el detonante de las inquietudes que quiero compartir con esta ponencia. “Usted quiere encasillarme”, esta fue su reacción cuando después de dos horas de una farragosa conversación se atrevió a contarme que había tenido experiencias sexuales con otros hombres y yo lo aludí entonces como bisexual, a sabiendas que vive en pareja con su novia. Esta interpelación me ha movilizado, en varios sentidos. Uno de ellos, el cuestionamiento del poder instituyente de realidades que tiene el “saber científico”, la arbitrariedad de esa institución, y la relación de dominación que le subyace. No son planteos novedosos, pero adquieren otra dimensión cuando a través de la interpelación es uno mismo el que es colocado en el lugar del que domina.

Por eso, en estricto rigor, esto no es una ponencia, al menos no en la forma en que esta idea está instituida en el campo académico, es decir, como una instancia en la que alguien colocado circunstancialmente en el lugar del saber viene a “poner” ese conocimiento a consideración de un público. Es nada más que un intento de compartir en voz alta las dudas que me han estado desvelando últimamente en este proceso de investigación. Una posición más riesgosa ciertamente, al menos para mí, pero me parece que hay que correr el riesgo de poner en cuestión nuestros lugares de traducción académica de la vida.

Estas inquietudes y desvelos —los más recientes— se hicieron ineludibles cuando en los primeros pasos del trabajo de campo me crucé con Martín, que se transformó en algo así como el Menocchio² de esta historia, es decir, ese caso límite que, justamente por esa posición, permite echar luz sobre aquello que se indaga desde un lugar impensado.

²Agradezco a Javier Páez, compañero de trabajo en el programa de investigación, haberme señalado la posibilidad de establecer una relación entre este caso y el lugar que ocupa la historia del molinero friulano en el libro de Carlo Ginzburg (1986) “El queso y los gusanos”.

Un esqueleto en formación

El problema que pretende explorar esta investigación —o que “pretendía”, puesto que la formulación original puede cambiar a partir de estas reflexiones—, es cómo se construyen y articulan las actuaciones de género “disidentes” en inmigrantes de origen latinoamericano residiendo en la ciudad de Córdoba. Y la hipótesis inicial de trabajo, propuesta básicamente a partir de los recorridos teóricos iniciales y la revisión de una suerte de estado del arte sobre el tema, es que el atravesamiento de las fronteras geopolíticas arbitrariamente trazadas entre los países abre diversas posibilidades para la reconstrucción y articulación de otras actuaciones de género en el lugar de destino, es decir, que el atravesamiento de una frontera entre configuraciones culturales nacionales abriría la posibilidad de explorar los intersticios entre las fronteras trazadas por el dispositivo normalizador de género, liberando en algún modo la experimentación de identificaciones genéricas no sancionadas, múltiples, y por qué no cambiantes.

Asumo que en esta formulación inicial hay apropiaciones teóricas susceptibles de ser cuestionadas, y no me refiero a las diversas críticas que circulan respecto de la propuesta performativa del género de Judith Butler, sino a mi apropiación de estas nociones, que seguramente evidencia, entre otras falencias, un recorrido aún no exhaustivo por sus escritos. Tal vez es una forma de excusarme por anticipado, pero son categorías provisorias que se están rehaciendo en el proceso, y la tarde de entrevista con Martín fue un primer gran embate.

Pero antes de contarles esa experiencia, hay al menos un par de puntos débiles a los que apuntar en este por el momento endeble esqueleto teórico. El primero tiene que ver con la noción de actuación, y es de la propia Butler de quien puede provenir la crítica. La idea de actuación supone un trasfondo volitivo que al menos exige ser puesto entre paréntesis, como explica muy bien Butler:

“la ‘actuación’ como un ‘acto’ limitado se distingue de la performatividad porque esta última consiste en una reiteración de normas que preceden, obligan y

exceden al actor y, en este sentido, no pueden considerarse el resultado de la 'voluntad' o la 'elección' del actor (:..) Sería un error reducir la performatividad a la manifestación o actuación del género" (Butler 2002:153).

El segundo punto endeble en el sustento teórico del planteo del problema aparece en la idea de "disidencia" de la actuación de género, una disidencia que se define justamente en función del dispositivo heteronormalizador que se pretende cuestionar. Con la idea de disidencia, como sostiene Maffía, "expresamos con el lenguaje una conducta que se aparta de la norma, y por lo tanto presuponemos la norma al llamar 'disidente' a esa conducta" (Maffía 2010). Sin embargo, hay que decir en su defensa que la arbitrariedad de las categorías establecidas por ese dispositivo no minimiza su poder coercitivo. El "castigo" que recibe quien no "cita" de manera apropiada el género que socialmente se le demanda es prueba de esa coerción, y Martín puede ser quizás un buen ejemplo³.

El olor de la carne: entre la demanda natural y la curiosidad intelectual

Volvamos entonces a Martín, que es lo que realmente importa, y aceptemos sin mucho cuestionamiento los términos puestos en juego en el planteo del problema, al menos por ahora. Martín es un inmigrante joven —entre 25 y 30 años⁴— que llegó a Córdoba hace algo más de dos años por razones de estudio. Lo contacté a través de un espacio en Facebook que congrega a inmigrantes latinoamericanos de un país específico, donde publiqué

³ Aunque utilizo aquí la idea de "cita", no pretendo adentrarme en el vasto debate acerca del carácter discursivo del género (y del sexo, cuando se considera esa distinción), sobre todo porque aún me falta un recorrido teórico importante para poder hacerlo con cierta solvencia. Sin embargo, como solución personal provisional a este complejo asunto, me hace mucho sentido una observación de Laclau y Mouffe (1987) acerca de la entidad ontológica de lo extra-discursivo, cuando sostienen que "todo objeto se constituye como objeto de discurso, en la medida en que ningún objeto se da al margen de toda superficie discursiva de emergencia", lo que no tiene nada que ver, como ellos bien explican, con negar la existencia de un mundo exterior al pensamiento, sino con negar la posibilidad de que los "objetos" de ese mundo externo puedan constituirse al margen de toda condición discursiva de emergencia.

⁴ La imprecisión es intencional, como un recurso para proteger su identidad, cuestión que le preocupó sobremanera a lo largo de todo el encuentro.

un mensaje de convocatoria muy explícito⁵. Aunque tiene una relación estable con una mujer desde hace unos cuatro años, con la que convive hace unos meses aquí en Argentina, en el transcurso de la larga conversación que mantuvimos, y tras darse muchas vueltas —metafórica y literalmente—, me contó que ha tenido experiencias sexuales con otros hombres, que lo hace aproximadamente cada dos años, y que de hecho su iniciación sexual fue con un hombre. Sin embargo, no se “reconoce” como bisexual, se resiste a hacerlo, y explica estas experiencias como producto de su mente curiosa. ¿Es entonces un “bisexual no asumido”?, lo planteo como interrogante para correrme de este lugar clasificador en el que él me percibió, ese sitio de marcador de fronteras. Es básicamente por esta razón que lo interpreto como un caso límite, porque lo estoy ubicando en la posición de una actuación de género disidente que él no considera actuar.

Martín dice que siempre ha tenido una mente “rara y curiosa”, y que sus experiencias sexuales con otros hombres son justamente producto de esa curiosidad, pero que eso “no está en su naturaleza”. Esta idea de naturaleza recorre todo su discurso. Por ejemplo, me dice que la homosexualidad

no me da igual dentro de los términos naturales. La forma básica de resolver los problemas en sociedad es ver qué dicen los códigos naturales (...) Ser gay, ser lesbiana, no está dentro del sentido natural de las especies.

Me cuenta que él “naturalmente” elige a las chicas, que es una atracción casi animal, muy centrada en el olfato, un sentido que dice haber desarrollado especialmente al convivir con un familiar ciego, y en su experiencia de repartidor de carne en un pueblo muy alejado, al que debía llegar tras una travesía en colectivo, mula y a pie entre la selva, escenario que lo obligó a

⁵ El mensaje concretamente decía: “Soy alumna del Doctorado en Estudios Sociales de América Latina, de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), y estoy comenzando la investigación para mi trabajo de tesis, que abordará el tema de la migración y la homosexualidad —u otro tipo de identidades de género disidentes o alternativas (transexualidad, bisexualidad, travestismo)—. En ese marco, estoy tratando de contactar a inmigrantes de origen latinoamericano que residan en la ciudad de Córdoba y que se sientan parte de este tipo de identidades, para mantener algunas entrevistas que serán confidenciales y sólo se utilizarán a los fines analíticos”.

agudizar este sentido para sobrevivir. Entonces, según me explica, el olor de las mujeres lo atrae, pero en cambio el de los hombres le causa repulsión.

En muchos pasajes de la conversación se define a partir de los roles más convencionales de la masculinidad. Me invita a tomar algo y, cuando yo quiero pagar, no me lo permite, porque “de donde yo vengo el hombre invita”. Se autodefine como el “antiguo macho”, que considera que el hombre es el que lleva el pan a la casa. Me cuenta que quiere darle a sus hijos “una familia bien”, con padres que no se separen por ejemplo —lo dice a colación de una descripción de su familia como “disfuncional”—.

Mi primera reacción, ciertamente ingenua, es preguntarme en qué medida puedo pensar, como propone Butler, que los cuerpos sexuados no sólo pueden encasillarse en los dos géneros instituidos y legitimados, sino que pueden ser ocasión de muchos géneros diferentes (Butler, 2001), cuando alguien que de alguna forma experimenta con otras posibilidades genéricas vive el género desde los lugares más reificados del dispositivo normalizador⁶. Es decir, si aún él, desde su propia experimentación horadante de ese dispositivo, no pone en cuestión la arbitraria construcción del género institucionalizada socialmente, ¿puedo hacerlo yo para interpretar su experiencia? La primera respuesta más o menos clara que encuentro, y por eso mi autocalificación como ingenua, es que de eso justamente se trata el trabajo científico, de lograr poner en cuestión el sentido común, aunque esta respuesta está planteada desde el “racismo de la inteligencia” que según Bourdieu (1990) prima en el campo académico.

Respondiendo de ese modo provisional a esta primera inquietud ético-epistemológica, surge otra duda, podría decirse que de carácter teórico-epistemológica, respecto de la asunción cabal de la performatividad del género —sobre todo a partir de la idea del carácter histórico de los géneros— desde

⁶ Esta afirmación parece dar por sentada una relación entre práctica sexual y género que ha sido motivo de un amplio debate en el campo de los estudios de género, lesbianos y queer. No pretendo adentrarme aquí en ese debate, pero me parece necesario aclarar que este análisis tiene como sustento la consideración de Butler según la cual “la relación entre la práctica sexual y el género no es una relación determinada estructuralmente, pero para poder desestabilizar el supuesto heterosexual de ese estructuralismo aún es necesario concebir los dos términos en una relación dinámica y recíproca” (2002: 157).

este caso de estudio: ¿en qué medida es sostenible la idea de frontera entre los géneros que estoy proponiendo en mi hipótesis? ¿No estoy presuponiendo, con la existencia de esas fronteras, la existencia de entidades distinguibles a partir de esos límites? Sobre este punto me interesa detenerme, desde una anécdota significativa de su infancia que me cuenta Martín.

Memorias de la mierda: desafiando fronteras

En un momento de la larga charla, cuando trata de graficar lo rara y curiosa que ha sido su mente desde niño, me cuenta que siendo pequeño defecó en un plato y lo llevó al patio para explorar la mierda. Quiero partir de esta imagen que el propio Martín trae a colación para reflexionar sobre el cuerpo puesto como frontera entre un adentro y un afuera, sobre la transformación de aquello que traspasa ese límite en algo abyecto —todo esto al hilo de Butler—, y desde allí, sobre las implicancias de intentar trasponer las fronteras entre los géneros, para terminar reflexionando sobre la idea de frontera que estoy proponiendo en mi hipótesis.

Siguiendo el análisis de Kristeva, Butler (2001) explica que lo “abyecto”, que “designa lo que ha sido expulsado del cuerpo, evacuado como excremento, literalmente convertido en ‘Otro’”, se produce como una expulsión de elementos ajenos, pero en realidad lo ajeno se establece por medio de esa expulsión. Es decir, lo interno y lo externo adquieren sentido con referencia a ese límite mediador, límite que lucha por la estabilidad. Y esta estabilidad y coherencia está determinada en buena medida por órdenes culturales que sancionan al sujeto y obligan a diferenciarlo de lo abyecto. “Así—dice Butler—, ‘interno’ y ‘externo’ constituyen una distinción binaria que estabiliza y consolida al sujeto coherente” (Butler 2001:211). ¿Podemos interpretar ese recuerdo de Martín como un poderoso intento desestabilizador, un llamado al des-orden heteronormativo? No parece casual que, en el relato, ubique esta escena en un momento cercano a sus primeras inquietudes sexuales, bañándose con un adolescente mayor que él, que le genera una gran curiosidad por el mayor

tamaño del pene de su compañero. Y una vez más aparece la curiosidad, ese lugar saturado de su discurso. En otro momento de la entrevista, por ejemplo, sostiene que “la inminente curiosidad humana es increíble”.

Levantando el escudo antes que lleguen los lanzazos, es obvio que mi análisis no se sustenta en una aproximación psicológica, no tendría herramientas para hacerlo, aunque seguramente una mirada desde ese lugar enriquecería mucho esta lectura. Lo que me interesa es, a partir de esta metáfora, mostrar una tensión que recorre todo el discurso de Martín —hablo, claro está, del discurso construido durante esas más de cuatro horas de conversación—: una separación entre el orden natural y un orden (o desorden) Otro, que su curiosidad lo empuja a explorar, que lo intriga y, en cierto modo, lo fascina.

Martín es un estudiante de posgrado en el campo de las ciencias duras, en un ámbito del saber que, en términos excesivamente simples, se caracteriza por un muy elevado nivel de abstracción. En un momento de la charla me dice que nunca ha podido conciliar su pensamiento en ese campo científico con su pensamiento emocional. Como cada vez que alude al tema describe a los homosexuales como seres “muy emocionales” —es un señalamiento que aparece profusamente—, se pregunta en un pasaje de la charla si a partir de esa emocionalidad se podría entender de otro modo ese campo del saber que es el suyo. En otro tramo de la entrevista trata de describirme cómo siente que se mueve su cerebro cuando escucha proposiciones lógicas, es decir, trata de traducir ese proceso racional en una sensación. Entonces, un enunciado que surge con mucha claridad del análisis textual de la entrevista es esa tensión permanente, que va un poco contra el sentido habitual, entre ese ORDEN natural —y orden con mayúsculas—, que es también un orden lógico, y una emocionalidad muy ligada a lo instintivo, a lo no procesado racionalmente, que procura alterar ese orden.

La imagen de ese niño explorando la mierda, hurgando en ese Otro, quizás ese otro Martín, que el propio entrevistado trae al presente en este contexto específico de conversación y satura de significación, me parece

sumamente significativa. Me remite a un insidioso intento, aunque tenso, doloroso y auto-enjuiciado, de explorar las fronteras, de traspasarlas, de comunicar el adentro y el afuera, el yo y el otro, de desafiar el poder y el peligro del que están investidos los márgenes corporales. Y ese poder que se desafía parece tener propósitos más o menos claros:

Todo discurso que marca los límites del cuerpo sirve también para instaurar y naturalizar algunos tabúes respecto de los límites, las posturas y los modos de intercambio apropiados que definen lo que constituye los cuerpos (Butler 2001:208).

Las prácticas homosexuales, que abren superficies y orificios a una significación erótica y cierran otros, dice la autora, “reinscriben efectivamente los límites del cuerpo en nuevas líneas culturales” (Butler 2001:210). Permiten, como dice Maffía (2010), una traducción, el establecimiento de una zona de negociación generadora de sentidos entre culturas, dice ella, entre géneros agregaría en este caso, negociación que abre la posibilidad del diálogo y la comunicación.

Creo entonces que a partir de esta imagen es que puedo replantearme la noción de frontera que está operando en mi hipótesis, tanto la frontera entre configuraciones culturales nacionales como entre los géneros. A partir de este recuerdo del Martín niño explorando su propia mierda en el patio.

La segunda inquietud que planteaba inicialmente no me conduce entonces a desechar la idea de frontera, sino a replanteármela, al menos en este momento, como un artefacto conceptual con muchas potencialidades heurísticas. Mi inquietud apuntaba al hecho de si le estaba otorgando una entidad ontológica a aquello que la frontera distinguía, al menos en el caso de los géneros. La primera asunción en este sentido es que, más allá del carácter arbitrario de aquello que el límite separa, su estatuto de “realidad” está dado por los poderosos efectos que tiene sobre la experimentación cotidiana de los sujetos. Partiendo de esa base, me propongo entonces pensar la frontera, antes que como un límite sedimentado (histórico), como un espacio/tiempo intersticial. La idea de intersticio como hendidura, como poro, pone el acento en las posibilidades erosivas y corrosivas (Grimson 2012) que el atravesamiento

de la frontera (sea del tipo que fuere) habilita; permite pensar su atravesamiento como potencialmente desarraigante —quitando de esta palabra su connotación territorial—. Partiendo de algunas ideas sugestivas de Gupta y Ferguson al respecto, la propuesta es pensar a la frontera, despojada de su sentido topográfico, como “una zona intersticial de desplazamiento y desterritorialización que configura la identidad del sujeto híbrido” (Gupta y Ferguson 2008:251). La zona fronteriza como espacio para la fluidez, para la libertad de movimiento gracias al despojo de la sobrecarga cultural que permitiría, como posibilidad de exploración creativa por los dislocamientos situacionales y las combinaciones innovadoras a las que abre paso (Hannerz 1997), conducen a pensar la frontera como intersticio espacio-temporal de agenciamiento.

Sin embargo, la frontera como intersticio puede también ser una noción riesgosa, en el sentido que, como sugiere Caggiano (2003) cuando alude a la visión “romántica” de la creatividad y fluidez de la frontera como metáfora de las “identidades lábiles”, se soslaya la crudeza y conflictividad que implica su atravesamiento —tanto de las fronteras físicas como de las simbólicas—. Y la permanente tensión y el vaivén en el discurso de Martín es prueba de ello, del poder coercitivo que cae sobre quien pretende trasponer esas fronteras. Grimson realiza una crítica en el mismo sentido, aunque específicamente respecto de las fronteras políticas, cuando sostiene que la metáfora del cruzador de fronteras como nuevo sujeto de la historia tiende a invisibilizar el conflicto que suponen las asimetrías entre sectores, grupos y Estados (Grimson 2012). Este llamado de atención es certero y necesario; es preciso no perder de vista que las fronteras son producto de acciones humanas sedimentadas —transformadas enormes que preceden, obligan y exceden al actor, como dice Butler refiriéndose a la performatividad del género—, y esa sedimentación, aunque horadable, puede ser muy densa y poderosa. Pero como el mismo Grimson anota, esa afirmación también pone en evidencia la “humanidad de las fronteras”, su construcción cotidiana (Grimson 2000), y por lo tanto, su contingencia, historicidad y fragilidad.

Entonces, enfrentando el riesgo con la preocupación por no perder de vista esta dimensión de la desigualdad y el poder, creo que concebir a la frontera reuniendo estos pincelazos teóricos es útil para pensar cómo se produce la articulación (o re-articulación) de nuevas identificaciones de género a partir del atravesamiento de fronteras entre Estados, para aventurar cómo ese pasaje permite ensayar nuevos modos de experimentar el género... modos disidentes, o alternativos.

Corolario mudo

Sin embargo, después de este final feliz de autoafirmación analítica, o justamente a causa de él, me sigue interpelándola primera de mis interrogantes, inspirada en Gayatri Spivak (1998): ¿puede hablar (o hablarse) el sujeto subalterno? [desde el discurso académico digo]. O mejor dicho, ¿puedo dejar hablar al sujeto subalterno? ¿No hice hablar a Martín desde mi deseo? Es probable, pero tal vez, como dice la misma Spivak, de lo que se trata no es de hacer hablar al otro, sino de llamar al “otro por completo”, “para ‘transmitir a modo de delirio esa voz interior que es la voz del otro en nosotros’” (Spivak 1998:292). Tal vez la clave —de mi interpretación digo— es pensar al sujeto duplicándose, o multiplicándose, como le ocurre al migrante, condenado por siempre a hablar desde más de un lugar, y desde más de un tiempo, impelido a un discurso radicalmente descentrado, a tramas narrativas bifrontes y hasta esquizofrénicas, como dice Cornejo Polar (1990) exagerando un poco las cosas a propósito. Las palabras de Martín hacia el final de la conversación resuenan como un eco de estas sugestivas propuestas: “Yo voy a llegar a la casa y voy a preguntarme mañana si pienso lo mismo que te dije hoy”.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre (1990). *Sociología y cultura*. México. Grijalbo.

Butler, Judith (2001). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México. UNAM/Paidós.

Butler, Judith (2002). "Acerca del término 'queer'", en *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires. Paidós.

Caggiano, Sergio (2003). "Fronteras múltiples: Reconfiguración de ejes identitarios en migraciones contemporáneas a la Argentina". *Cuadernos del IDES*. N° 1. Buenos Aires. Instituto de Desarrollo Económico y Social.

Cornejo Polar, Antonio (1990). "Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno". *Revista Iberoamericana*. 176-177. Pittsburgh, University of Pittsburgh: 57-117.

Ginzburg, Carlo (1986). *El queso y los gusanos*. Barcelona. Muchnik Editores.

Grimson, Alejandro (2012). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Gupta, Akhil y Ferguson, James (2008). "Más allá de la 'cultura': espacio, identidad y las políticas de la diferencia". *Antípoda*. N° 7, julio-diciembre: 233-256.

Hannerz, Ulf (1997). "Fluxos, fronteiras, híbridos: palavras-chave da antropologia transnacional". *Maná*. 3(1). Río de Janeiro: 7-39.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid. Siglo XXI Editores.

Maffía, Diana (2010). "Los cuerpos como fronteras", ponencia presentada en las Jornadas Nacionales de Atención a la Víctima, Buenos Aires, 16 y 17 de septiembre.

Maffía, Diana (Comp.) (2003). *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. Buenos Aires. Feminaria.

Spivak, Gayatri Chakravorty (1998). "¿Puede hablar el sujeto subalterno?". *Orbis Tertius*. Año III, N° 6. Buenos Aires: 189-235.